

La Conciencia y la Educación en las Virtudes

En la educación en las virtudes, la formación de una conciencia recta adquiere vital importancia, ya que es la que va a presentar el bien como bueno y deseable, y llevará a elegir hacer el bien y evitar el mal de una manera habitual...

Por: Mayra Novelo | Fuente: Centro de Asesoría Pedagógica



Ahora bien, no basta fortalecer la voluntad para la vida virtuosa, es preciso trabajar para fortalecer el influjo de la conciencia sobre la voluntad.

La conciencia es la primera base que ha de ponerse para construir un comportamiento maduro y para fundar un estilo de vida basado en la vivencia de la virtud. Aquí surge el principio de esta pedagogía: primero hombre, después santo; tiene su arranque en formar una conciencia recta primero, después vendrán las virtudes.

La labor en la educación en las virtudes debe llevar a formar en los niños y jóvenes una conciencia recta y una madurez humana que les conducirán a ser justos, responsables, trabajadores, exigentes consigo mismos, fieles a sus compromisos con Dios y con los hombres, etc. Podrán tener, como creaturas débiles por naturaleza, caídas momentáneas de debilidad en la vivencia de la virtud, pero su misma conciencia les ayudará a rectificar y a retomar el camino del bien.

En la educación en las virtudes, la formación de una conciencia recta adquiere vital importancia, ya que es la que va a presentar el bien como bueno y deseable, y llevará a elegir hacer el bien y evitar el mal de una manera habitual, es decir, a vivir la virtud, ordenando el momento oportuno para practicar el bien y evitar el mal, juzgando las opciones concretas y aprobando las que son buenas, atestiguando la autoridad de la verdad con referencia al Bien supremo

(Cf. Catecismo de la Iglesia Católica núm. 1777).

La labor de educación en las virtudes debe llevar a la persona a aprender a escuchar y a seguir la voz de la conciencia, fomentando la interioridad.

En la educación en las virtudes la recta conciencia debe iluminar la inteligencia y mover la voluntad para elegir el bien y vivirlo de manera habitual y firme.

Sacramentos y oración.

En el trabajo de la educación en las virtudes se debe tener muy presente que la tarea y responsabilidad principales en la conquista de las virtudes no recae únicamente sobre el esfuerzo del hombre. El trabajo en el conocimiento, la valoración y la vivencia comprometida de las virtudes debe construirse sobre roca sólida. Se necesita de la gracia de Dios para edificar la vida sobre los auténticos valores y llegar a la vivencia habitual y firme de la virtud. Por ello la educación en las virtudes debe sustentarse sobre las columnas de los sacramentos y la oración.

Los sacramentos son como fuente ordinaria en donde se nutre la vida de gracia del cristiano que le hace asemejarse a Cristo, modelo de virtud. Esta identificación con Él posibilita la vivencia más perfecta de aquellos valores humanos y evangélicos que Cristo mismo vivió. De modo especial, el sacramento de la Penitencia da al hombre herido por el pecado la gracia para perseguir con renovadas fuerzas la conquista de la vida virtuosa, por encima de las debilidades y de las faltas personales. La Eucaristía, por su parte, que contiene al mismo Cristo deja el alma inundada de su gracia, favorece la donación de sí en la caridad hacia nuestros hermanos, los hombres, y la vivencia habitual y firme del bien.

La oración como manera de descubrir a Dios, como la fuente suprema de todos los valores y la dignidad de los hombres como hijos suyos. A través de la oración se va revelando la voluntad divina, se obtienen fuerzas para vivir las exigencias de la vida virtuosa, se jerarquizan en modo adecuado todos los valores en función de Dios, valor supremo y fundamental, se ganan las gracias necesarias para vivir el bien de manera habitual y firme y se obtiene la fuerza para convertirse en difusor de los valores y de la vivencia de la virtud.

¿Cómo formar la conciencia?

Una conciencia bien formada irá acompañada siempre de tres actitudes esenciales: sinceridad, auto convicción y responsabilidad.

Por: Mayra Novelo

Hay dos reglas importantes que debe seguir toda conciencia recta:

- Nunca puedes justificar el mal para obtener un bien. En otras palabras: el fin no justifica los medios.
- No hagas a otros lo que no quieres que te hagan a ti, o visto en forma positiva: trata a los demás como te gustaría que te trataran.

Formar una recta conciencia supone alcanzar tres objetivos:

- Educar la conciencia para que sea capaz de abrirse a los valores objetivos asimilándolos como propios, percibiendo el bien y el mal como algo por hacerse o evitarse.
- Fortalecer el influjo de la conciencia sobre la voluntad, llevando a la persona a hacer el bien y evitar el mal.
- Formar la conciencia para emitir juicios rectos sobre la bondad o maldad de los actos y ponerlos en práctica.

Cómo formar una recta conciencia.

Para ayudar a nuestros niños y jóvenes a adquirir una recta conciencia podemos:

- Animarles y ayudarles a estudiar la doctrina católica, los Evangelios, los documentos y orientaciones de la Iglesia de una manera constante.
- Ayudarles y animarles a reflexionar antes de actuar, pensando siempre en lo que están haciendo, en porqué lo están haciendo, en las consecuencias que ello puede tener para ellos o para los demás, en la manera como se sentirán después de hacerlo. Ayudarlos a no guiarse por instintos sino por convicciones, independientemente de lo que los otros digan o hagan, o lo que esté de "moda".
- Ayudarles a tener bien claros los principios que deben cumplir.
- Animarles y guiarles para llevar una profunda vida de oración y de sacramentos, especialmente la confesión. Ellos iluminan la inteligencia y fortalecen la voluntad conformándolas con el plan de Dios.

- Enseñarles a hacer un buen examen de conciencia y un balance de sus actos todas las noches.
- Animarlos a pedir ayuda y consejo, acudiendo con frecuencia a un sacerdote o a un laico bien formado.
- Promover en ellos la virtud de la sinceridad, para que sean capaces de llamar a las cosas por su nombre, ante ellos mismos, ante Dios y ante quien dirija su alma. Los problemas en el campo de la conciencia es cuando se empiezan a encontrar justificaciones fáciles para no hacer el bien o, lo que es peor, para hacer el mal.
- Animarlos a obrar siempre de cara a Dios con el único deseo de agradarle, sin utilizar otros criterios de aceptación social para justificarse. Un acto sólo será bueno si agrada a Dios.
- Animarlos a pedir ayuda al Espíritu Santo, ya que la relación con él será la mejor luz para la conciencia. La oración les hará ver todo desde Dios y desde el punto de vista de su amor que pide siempre lo mejor, la perfección, para sus creaturas.
- Ayudarles a mantenerse y a no desanimarse ante los fallos; aprendiendo siempre que ante las caídas lo mejor es comenzar de nuevo, y ayudarles a entender que lo peor que se puede hacer es pactar con los fracasos y las desviaciones del comportamiento aceptándolos como irremediables e inevitables. Ayudarle a reparar con amor el mal que se haya podido hacer y comenzar a construir de nuevo.
- Ayudarles a formar hábitos de buen comportamiento: programar el tiempo, saber qué queremos y qué vamos a hacer en cada momento, exigirse el fiel cumplimiento del deber, no permitirse ningún fallo conscientemente aceptado, etc. Ayudarles a cumplir su responsabilidad al detalle, no sólo por encima.
- Ayudarles a amar el bien por encima del mal y a no envidiar a quienes se rebajan a un nivel inferior, aunque esto pueda atraerles.
- Hacerles ver en todo momento lo bueno que adquieren al vivir el bien, aunque implique trabajo y renuncia.
- Brindarle un ideal valioso, recordándolos que el ideal más valioso y grande es Jesucristo, tanto en lo espiritual como en lo humano.

Después de las ayudas prácticas, es importante también conocer el proceso de un acto moral para saber dirigir bien la formación de la conciencia. Se puede hablar de tres operaciones o fases en la formación de la conciencia.

La primera, que precede a la acción, es percibir el bien como algo que debe hacerse y el mal como algo que debe ser evitado. Éste es el momento de ver: “Esto es bien hay que hacerlo” o “no, esto no está bien, debo evitarlo”.

La segunda fase es la fuerza que lleva a la acción, impele a hacer el bien y evitar el mal. Se expresa cuando decimos: “Hago el bien” o “no, esto no lo hago”.

Por último la operación subsiguiente a la acción, el emitir juicios sobre la bondad o maldad de lo hecho. En esta etapa nos decimos: “He obrado bien” o “he hecho algo malo”.

En el primer paso lo importante es abrir la conciencia a la ley como norma objetiva. Es decir, educar una conciencia recta que sabe dónde va y qué es la verdad. Esto lleva al segundo paso que requiere trabajo para que la conciencia sea guía de la voluntad. Se trata de habituarse a la “coherencia”, entendida como la constancia en actuar como pide la conciencia. No basta percibir que algo es bueno o malo, hay que saber dirigir la voluntad a hacer lo bueno y evitar lo que no se debe hacer. Percibir que es bueno ser paciente y amable con los demás es bueno, pero es insuficiente; esta percepción debe llevarme a acoger a los demás con bondad y delicadeza aun cuando me sienta cansado o de mal humor.

Esto requiere un trabajo de formación especialmente en el campo de la voluntad y de los estados de ánimo. Los estados de ánimo tienen que ser educados para lograr en la persona una ecuanimidad que le lleve a realizar lo que le pide la conciencia en cualquier circunstancia. Además, la voluntad tiene que ser formada para que sea eficaz, es decir, para que logre lo que pretende.

Por ultimo, y todavía más importante, viene el juicio ulterior sobre lo hecho. Aquí es donde se juega de modo definitivo la formación o deformación de la conciencia. El que ha obrado mal y toma las medidas necesarias [ara reparar su falta y para pedir perdón ha dado un paso firme en le formación de su conciencia, mientras que el que la acalla, no prestándole atención, puede llegar a dañarla hasta que un día quizá sea incapaz de reaccionar ante el bien y el mal.

En conclusión, podemos decir que la brújula más segura en todo este campo moral es la adhesión fiel a la voluntad de Dios, compendio supremos de la ley natural y la ley revelada.

La coherencia ante ella es el camino de la madurez y de la felicidad que brota de una conciencia que vive en paz con Dios y consigo misma.